

PARA CONTINUAR EL DIÁLOGO

JAUME AURELL

EUROPA TODAVÍA IMPORTA

Uno de los pocos historiadores del siglo pasado que ha escapado del anonimato ha sido el británico Toni Judt (1948-2010). Apasionado defensor de la socialdemocracia europea como término medio entre la planificación estatal y el neoliberalismo radical, pasó buena parte de los últimos años de su vida –truncada dramáticamente con una esclerosis múltiple que no le impidió trabajar hasta el último día, en circunstancias muy adversas– dedicado a la escritura de *Posguerra* (2005). Esta obra, que debería formar parte de las lecturas obligatorias de los bachilleratos de las escuelas europeas, es una sobrecogedora síntesis de la historia de Europa desde el final de la segunda guerra mundial a la actualidad. Su narrativa aúna admirablemente el ritmo del thriller, el detalle de la monografía, la ambición de una enciclopedia y la clarividencia de un ensayo intelectual. Al final de una epopeya de 1200 páginas, en las que se detalla la reconstrucción de Europa

Europa no es sólo tradición, nostalgia y monumentos. Ha sido capaz de dotar a sus sociedades de un Estado del Bienestar que ha garantizado unos derechos universales mínimos de asistencia, educación, jubilación y de paro como nunca antes ninguna otra sociedad había alcanzado en toda la historia de la humanidad

tras la guerra mundial, los afanes de unificación, la llegada de la prosperidad de los 1960s con su paradójico “malestar”, la oleada liberal de los años 1980s y la reestructuración tras la caída del Muro de Berlín, el autor finaliza con la siguiente aseveración:

“El siglo XX –el de Estados Unidos– experimentó la caída de Europa en el abismo. El proceso de recuperación del viejo continente fue lento e incierto. En cierto sentido, nunca acabaría de completarse. Estados Unidos gozaría del mayor ejército y China fabricaría más bienes y más baratos. Pero ni Estados Unidos ni China tienen a su disposición un modelo útil susceptible de emulación universal. A pesar de los horrores de su pasado reciente –y en gran medida a causa de ellos– ahora son los “europeos” los mejor situados para ofrecer al mundo ciertos modestos consejos sobre cómo evitar la repetición de sus propios errores. Pocos lo habrían predicho hace sesenta años, pero el siglo XXI todavía puede pertenecer a Europa”.

Europa no es, pues, sólo tradición, nostalgia y monumentos. Ha sido capaz de dotar a sus sociedades

de un Estado del Bienestar que ha garantizado unos derechos universales mínimos de asistencia, educación, jubilación y de paro como nunca antes ninguna otra sociedad había alcanzado en toda la historia de la humanidad. El sistema está siendo cuestionado, ciertamente, por las incógnitas que presenta su mantenimiento. Pero nadie en su sano juicio podrá negar que ha respondido (y esperamos que pueda seguir respondiendo en el futuro) a unas necesidades acordes con la dignidad de las personas, que se echan tanto en falta en otros lugares.

Europa no es, desde luego, un paraíso, y hay mucho margen de mejora. Pero sus ciudadanos saben valorar el esfuerzo de sus antepasados por organizar una sociedad solidaria en sus aspectos más básicos, y procuran preservar esa solidaridad como un tesoro, cueste lo que cueste. Finalmente, no es la utopía de los deseos inalcanzables las que construyen las sociedades, sino las lentas transformaciones que alcanzan unas metas realistas, basadas en un esfuerzo común, y que finalmente aguantan un análisis comparativo con otras regiones del planeta ●